

www.elboomeran.com

JAVIER MIJE

LA LARGA NOCHE

BARCELONA 2014



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2014 by Javier González Mije
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-16011-09-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 2439-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

He completado mi travesía hacia la invisibilidad. Un viaje interior, sin memorables pasajes, de recorrido abrupto y raquítrico. Dilapidé una última ocasión para salvarme. Una mesa, algunos folios en blanco y una pluma estilográfica son el inventario de un afán en su día de cierre. Con ellos empeñé mis noches en escribir un guión para el cine y, aunque ninguna película llevará mi nombre en sus títulos de crédito, las paredes de mi cuarto de trabajo han sido testigos de otra metamorfosis. Nada dejaré a mis espaldas. Las voluntariosas cuartillas que escribí alimentarán los vertederos. Pero un fruto indeseado ha surgido de este empeño. A la noche le ha brotado una flor negra. He de cosecharla y partir.

Los perros que ladran en la plaza lo intuyen. Muy pronto amanecerá sobre los pisos de protección oficial y los campanarios de las iglesias, sobre el cartel luminoso en la terraza del hotel Petrus, la noria en la ribera del río y la espalda y los lunares de Berta. Esos canes tan astutos claman justicia con sus ladridos; parecen querer desvelar a Berta mientras aún estoy aquí, que la verdad resplandezca y se haga la luz sobre el escritorio donde recliné mi peso y mi obsesión. Por casualidad había descubierto que ella solía detenerse en la puerta de mi estudio antes de salir de casa para dirigirse a su tienda, que después del primer café de la mañana y la ducha que no terminaban de arrebatársela del sueño, vacilante aún entre las gasas de la duermevela, se demoraba en el umbral sin atreverse a franquearlo, como si desconfiara de la tarea que yo desarrollaba cada noche al otro lado, un poco celosa tal vez de las horas que la escritu-

ra del guión le robaba. Desde que la sorprendí husmeando en mi cuarto, he procurado mantener para el escrutinio de Berta el aspecto informal y eficiente que éste tenía cuando me encerré por primera vez en él. Una formalidad que había surgido de una simple superstición, un impulso que no terminaba de comprender y que me empujaba a cerrar las contraventanas y correr los visillos de la habitación antes de abandonarla, como si aquellas paredes albergaran un santuario, como si reverenciara el espacio que había consagrado a la escritura o hubiera temido desde el primer momento que de ella sólo podría brotar algo turbio que era preciso confinar entre sombras. Con la misma impostada eficacia dejaba al albur de la tarea interrumpida por el alba mi estilográfica, los diccionarios y las fichas de cartón donde bosquejaba algunas escenas, los libros que compré para documentarme y la carpeta famélica destinada a conservar lo escrito. Todo desplegado en una primorosa anarquía para la mirada de Berta. Hoy no adulteraré la verdad: dejaré que los rayos del sol resplandezcan sobre la carcasa. No volveré a disponer sobre la mesa un calculado desorden de cuartillas. La empresa ha quebrado y el saldo ha sido reducido a dos bolsas de basura. El escritorio desnudo será el mejor emblema de mi legado.

No tardará en amanecer sobre la periferia de la ciudad. Pese a las graves faltas que, como fichas de casino, he ido reuniendo en esta larga noche, la madrugada es aún mi momento predilecto del día. La madrugada y el invierno en el que detendría el tedioso rotar de las estaciones. Las frágiles acacias mecidas por el viento, los naranjos que el frío no alcanza a desnudar en estos meses previos a la explosión de sus flores, las mujeres que pronto empezarán a congregarse en torno a la boca del metro, a las que vestiría con un atrezo permanente de bufandas, abrigos y sombreros. El frío

es elegante. Mi alma es un invierno. Pero sólo esos perros coléricos ocupan a esta hora la explanada. Han enloquecido con sus persecuciones. Me reclaman como a un hermano con sus ladridos. Dan vueltas alrededor de la columna de granito que se levanta en mitad de la plaza para conmemorar la nada. Enseguida me reuniré con ellos. Me dejaré lamer los dedos por sus rugosas lenguas antes de dirigirme a la estación. Estoy seguro de que allí reconoceré algunos rostros entre los viajeros. A los más fieles, los más necesitados, los he espiado cada mañana desde la ventana de mi estudio. Me pregunto si serán todos tan corruptibles, tan poco fiables como lo soy yo, si algo distinto a la mentira hace latir sus vidas de rudimentario manual de supervivientes. No sé cuánto hay de cierto en lo que he creído ver desde aquí: el deseo de demudar el destino en las caras abotargadas por el sueño; el aburrimiento en la puntera de unos zapatos que aplastaban un paquete de cigarrillos al borde de las vías, el cansancio bajo un maquillaje tan apresurado como inevitable, entre otros guiños que la madrugada me hizo e interpreté como signos de desgracia. Pero es posible que toda esa pesadumbre haya corrido por mi cuenta, que el vaho que aureola las cabezas apiñadas en los andenes tenga la misma textura que la niebla, que la terca calamidad de las conciencias no emita señales, y todo haya sido fruto de mi imaginación. Otra flor negra. En cualquier caso, no tardaré en averiguarlo. La plaza está aún desierta. Pero pronto diré adiós a Berta y me fundiré en la muchedumbre de la estación. Me hundiré en un destino de segunda en un tren cualquiera.

Esta mañana viajaré en uno de esos ferrocarriles. No permaneceré bajo este techo para comprobar un día más la vulnerabilidad de los cimientos; no sufriré el temblor de los muros ante el tránsito del primer tren del alba. Hoy seré par-

te activa: noventa kilos de lastre en ese convoy que agitará con un ruido de lluvia eléctrica la ventana del dormitorio. Un último latido de mi pulso en la vida de Berta, puesto que sumaré mi peso a la carga de ese tren. Tengo que abandonar el escenario de mi vergüenza. He visto demasiado. Dentro y fuera de mí. El simulacro ha terminado. No volveré a disponer el decorado de un cuarto de trabajo para la mirada de Berta. No sentiré el cetro despótico en la mano que abre y cierra ventanas y pliega y corre visillos, la mano que después de poner en penumbra mi estudio ha llevado la luz a la alcoba de Berta, la que manipula cerrojos y fallebas y con el mismo impulso traza en su espalda un triángulo sobre la constelación de sus lunares. El poder que ejerce el que conoce sobre el que ignora; o peor aún, el poder tirano del que miente sobre el que confía a ciegas. La misteriosa fuerza a la que renunciaré hoy. No llevaré la luz de la mañana ni las apócrifas novedades de la noche a la cama de Berta. No volveré a unir los vértices de esos tres lunares del color del vino. La caricia de oso con que la he despertado estos meses no tendrá lugar. El martilleo de un tren en la ventana la arrancará del sueño. Mi cobarde e ingrata despedida.

II

LA LARGA NOCHE

La historia de una ciudad cercada por la guerra. La resistencia y entereza de algunos vecinos para defender su vida. Su valentía no doblegada por una catástrofe que jamás presintieron. El frío y la oscuridad. La incursión progresiva del mal que se cierne sobre ellos y es el fin de muchas ilusiones. Sobre este escenario un grupo de personajes principales y entre ellos un protagonista, un catalizador de energías, un héroe, un Aquiles moderno.

Había recibido la nota manuscrita de Almeida en la sede de su productora en Barcelona. Parecía una hoja de cuaderno escolar, como si hubiera sido arrancada de las páginas de cortesía de alguna agenda, caligrafiada con una letra grande y desordenada que desbordaba la pauta del papel. Un argumento sinóptico y el título de la película: *La larga noche*. No contaba con muchas instrucciones más para escribir un guión cuyo primer bosquejo tenía que estar listo en el plazo de dieciséis semanas. El cuarto donde me disponía a trabajar se había degradado con el tiempo a la categoría de trastero. El escritorio aún conservaba el olor a plásticos del embalaje de Ikea. Había tenido que tirar algunas cajas llenas de objetos inservibles para poder instalarlo. Apoyé los codos sobre el tablero donde las vetas de barniz rutilaban obscenamente bajo la luz del flexo. Sostuve la nota entre mis manos. Examiné su caligrafía descuidada. Luego avancé dieciséis casillas en el calendario y con un lápiz anoté la fecha en un ángulo inferior de la nota. Había dado un salto mortal desde noviembre a febrero. Por último, fijé la

nota a una lámina de corcho que no había podido resistirme a comprar (no sé si porque sentía una ilusión similar a la del retorno a las aulas después de un largo verano o porque confiaba en el poder sedante de los objetos sobre la ansiedad). Fijar la hoja manuscrita de Almeida a aquel panel fue todo el trabajo de mi primera noche. No fue la menos productiva de ellas.

—La noche me aislará y me ayudará a concentrarme—había dicho a Berta mientras hacíamos cola en una de las cajas de Ikea. No tenía entonces otro propósito que levantar una muralla de recogimiento en torno al guión.

Pero Berta, precavida, intuitiva, no parecía muy satisfecha con mi decisión de escribir de noche.

—Será una película nocturna. Me serviré de la noche para recrearla—dije, como si los útiles de oficina con los que nos dirigíamos en procesión hacia la caja registradora me hubieran imbuido de pronto de una insoportable pedantería.

Cuando llegó nuestro turno me deshice de dos billetes de cincuenta euros. Mientras la cajera me devolvía el cambio noté que, sin una razón aparente, el corazón se me comprimía y unas lágrimas pugnaban por derramarse sobre mis mejillas. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral, como si las trincheras abandonadas por mi corazón desinflado se hubieran llenado de hielo y, aunque no tenía conciencia de haberlos mordido, me pareció sentir el sabor de la sangre en mis labios. Siento aversión por los centros comerciales: me ahogo ante la visión de tanta realidad concentrada. No puedo resistir a los cazadores de ofertas que, como espectros con zapatillas de deporte, deambulan por sus interminables corredores. Se me cae el alma a los pies si una pareja discute en mi presencia por unos céntimos sólo porque uno de ellos eligió la marca de cerveza o el dentí-

frico que, inesperadamente, fueron retirados del catálogo de las promociones. Quien ha ido a un centro comercial lo ha visto todo. Fue un error acudir a Ikea y depositar en su cinta transportadora mi escritorio. Pero mis candorosas lágrimas—afortunadamente mis incisivos las reprimieron a tiempo y Berta no advirtió nada—no fueron originadas por ninguna escena desagradable, ni siquiera por la pavorosa «Primavera» de Vivaldi, que sonaba en los altavoces como hilo musical. Creo que la causa de aquel ridículo gímoteo estribaba en que sólo en el momento de ir a pagar arribé plenamente a la conciencia de que muy pronto nuestros únicos ingresos serían los de la tienda de Berta. Mi dinero había servido aún para comprar mis juguetes. Pero el recibo de compra asomaba su lengua burlona por la caja registradora en señal de advertencia. Desde hacía unas horas Berta había empezado a mantenerme. Antes de volver a casa la invité—un resto de mi fortuna, una calderilla—a un sándwich de salmón y terminé de convencerla de que era mejor que no durmiéramos juntos por una temporada; de que yo iba a ganarme el sueño después de pasar la noche trabajando en el guión. El sueño como salario.

Estaba desorientado respecto al modo de abordar mi tarea. No en vano, en los últimos años había considerado la posibilidad de volver a escribir sólo como una improbable fantasía, tan factible como la de levantar pesas en un gimnasio y ser bueno, delgado y feliz. Me doy cuenta: abuso del cinismo. Todo antes de declarar la seriedad con que afronté la oportunidad de escribir ese argumento para el cine, la misma con que hubiese aferrado la mano de mi peor enemigo al borde de un precipicio, y esta imagen lanzada a vuela pluma me parece ahora dolorosamente preclara.